

Reflexiones sin genuflexiones ante el yihadismo

(Prefacio para un ejercicio permanente de discernimiento)

Este editorial recoge las inquietudes, reflexiones y propuestas que los miembros del consejo de redacción de *Razón y fe* hemos hecho y que ofrecemos a nuestros lectores para ayudarles y pedirles que nos ayuden a discernir el pensamiento más recto, el sentir más justo y la actitud más conveniente ante el yihadismo del siglo xxi que, con nuevas fórmulas y mayor intensidad que nunca, siembra dolor en el presente y preocupación por la supervivencia en el futuro de los valores de libertad, igualdad y respeto a los derechos humanos que son emblemas irrenunciables de nuestras desarrolladas sociedades cristiano-occidentales. Dividimos nuestro comentario en tres partes, fieles a las reglas ignacianas para el discernimiento, en las que se inspiró monseñor Cardin para dotar a la JOC, por él fundada, del método tripartito «ver-juzgar-actuar», el más eficaz que se conoce para tratar de constituirnos en intérpretes y aurigas de la realidad, capaces de cabalgar sobre los acontecimientos sin ser cabalgados por ellos.

Del drama concreto a la categoría global

El 7 de enero de 2015, cuando en nuestras almas aún estaba caliente el mensaje universal de la paz navideña, cuando aún resonaba el eco del tiempo mesiánico en el que «el lobo y el cordero pastarán juntos» (Is 85, 25), un comando de lobos yihadistas segó la vida de doce dibujantes-redactores de la revista satírica francesa *Charlie Hebdo* al grito de «Alá es grande: el profeta ha sido vengado». Con estas palabras expresaban su convicción de que estaban cumpliendo un imperativo religioso-moral: vengar la blasfemia contra el profeta Mahoma que *Charlie Hebdo* había cometido al reproducir unas injuriosas caricaturas de Mahoma, cuya figura el Islam prohíbe severamente representar «para preservar a los fieles de la tentación de idolatría».

El terrible suceso de París no es desgraciadamente una novedad ni una excepción aislada. Tiene un precedente en las violentas reacciones de todo el mundo musulmán ante las caricaturas publicadas en 2006 por el diario danés *Jyllands Posten*, reacciones que causaron la muerte de dos religiosas y el incendio de varias sedes consulares de Noruega, patria del autor de las caricaturas, y de Dinamarca, país donde se edita el periódico que las publicó. En aquel momento no hubo muertos en Europa ni en Estados Unidos y la opinión occidental no se conmovió.

Pero el yihadismo golpeaba ya en todas partes. En lo que va de siglo XXI se han sucedido varios cientos de atentados reivindicados por organizaciones yihadistas. El 72 por ciento de las víctimas se han producido fuera de Europa y de Estados Unidos y por eso apenas duraron unos días en la primera plana informativa de nuestra agenda. Lo que sucedía en Bali, Irak, Argelia, Irak, Pakistán, Nigeria, Mali o India sólo cobraba importancia en tanto en cuanto ponía en riesgo los intereses políticos o económicos occidentales. Ha hecho falta que el terrorismo tocara las entrañas mismas de Occidente (Torres gemelas en Nueva York, trenes en Madrid, metro en Londres, *Charlie Hebdo* en París) para que se produzca entre nosotros una reacción generalizada y un nervioso cierre de filas frente a un peligro que nos parece haber descubierto de repente, pero que se cierne sobre el mundo desde hace muchos años.

El drama de *Charlie Hebdo* no es el cierre de una campaña yihadista, sino una etapa más de su desarrollo. Un mes después, con el mismo esquema operativo, un comando yihadista irrumpió en un simposium sobre Arte, blasfemia y libertad de expresión, que se celebraba en Copenhague, con el propósito de matar a Wilks, un dibujante sueco, reo también de muerte para los islamistas radicales por haber caricaturizado de forma irreverente a Mahoma cinco años antes (las *fatwas* no prescriben). Wilks resultó ileso y ha lamentado que la bala a él destinada acabara con la vida de otra persona, pero sabe que está condenado a vivir siempre bajo amenaza de ser en cualquier momento arrancado de entre los vivos.

Hasta que nos han roto los cristales de la ventana de nuestro cuarto de estar no nos ha inquietado demasiado donde caía el pedrusco

ni el tamaño de la granizada. Ahora ya nos duelen sus latigazos y tomamos conciencia de que el yihadismo es ya un fenómeno global y de que, en esta guerra global, ganar la batalla europea es esencial para los yihadistas. Cuando, en este barrio de la aldea global que es Europa vemos quemar vivo a un prisionero en Siria o decapitar en Libia a una veintena de cristianos coptos egipcios, sentimos que, de algún modo, nos están quemando o decapitando a nosotros mismos. Todo ello agiganta la imagen de un yihadismo omnipotente y desata en nuestras sociedades, además de miedos generalizados, toda una serie de movimientos xenófobos y racistas que, con un discurso de aparente defensa de los valores occidentales, pueden ser *el huevo de la serpiente* en el que se incube un futuro totalitario de Europa, que arrasaría con muchos de nuestros valores sin necesidad de que los arrasase el yihadismo. Pero, sea cual sea la potencia destructiva del yihadismo y el alcance autodestructivo de nuestra reacción, aún hay tiempo para evitar el caos.

I. Saber mirar para poder ver

Lo primero que constatamos al abordar el tema del yihadismo es nuestra profunda ignorancia sobre sus causas, motivaciones, mecanismos de reproducción y objetivos mediatos e inmediatos. El zoom de la sociedad de la información sobrepone cada día tal marasmo de nombres de corrientes, franquicias, sucursales y declaraciones de apoyo o de rechazo del Yihadismo que los árboles no nos dejan ver el bosque. Es necesario despejar la maleza para poder ver lo esencial, porque sin tener una percepción clara y distinta de lo que se cuece en estos momentos dentro del Islam, parece una temeridad erigirnos en jueces de sus actos e ir más allá de genéricas condenas de los atentados terroristas y de la violación de los derechos humanos más elementales. Para que nuestra opinión tenga posibilidades de ser justa, además de poseer sólidos principios morales, es imprescindible elaborar para nuestras conciencias un informe honesto y suficiente sobre el Yihadismo, sus planteamientos, fines, organización y actos. Estos últimos son de dominio público, sólo necesitamos no borrarlos nunca de la memoria; para conocer y comprender las entrañas teológicas, sociales y militares del

Yihadismo, es imprescindible ponerse en la piel de los yihadistas y mirar lealmente en todas las direcciones en las que ellos miran, al menos en las siguientes:

a) **El Yihad en el Corán**

La traducción literal al español de la palabra árabe *yihad* es «esfuerzo». Los eruditos musulmanes (*ulemas*) suelen distinguir dos tipos de *yihad*: el *yihad mayor* o esfuerzo ascético por el autodomínio de los apetitos y pasiones y el *yihad menor* o esfuerzo bélico (*guerra santa*) para defender y extender el Islam. En Occidente el término se traduce casi siempre por “guerra santa”. En los países musulmanes, según ha demostrado el Instituto Gallup mediante estudios a pie de campo, más del 67% de las personas a las que se les preguntó «¿Qué es el yihad?», respondieron haciendo referencia exclusiva a la segunda acepción. Los yihadistas apuestan decididamente por ella. Apelan a que el vocablo aparece en la *aleyas* 9 de la *sura* 5 del Corán, que pertenece al grupo de *aleyas de Medina*, últimas escuchadas de labios del profeta antes de que éste muriera en el año 632. Los exégetas musulmanes consideran que las *aleyas* de Medina, por ser las últimas, indican el sentido en que, en caso de duda, deben interpretarse las demás. La citada *aleyas* 5, 9 dice textualmente: «*Cuando hayan transcurrido los meses sagrados, matad a los asociadores (infiel)es dondequiera que les encontréis. ¡Capturadlos! ¡Sitiadlos! ¡Tendedles emboscadas por todas partes! Pero si se arrepienten, hacen la azalá (confesión de fe) y dan el azaque (limosna social obligatoria), entonces ¡dejadles en paz! Alá es indulgente, misericordioso.*»

b) **El Yihad y el salafismo**

Las corrientes salafistas, que recorren gran parte del Islam sunní, son las más fuertes suministradoras de ideología yihadista. La palabra *salaf* significa «antepasado, ancestro». Desde el siglo IX y sobre todo desde el XIV hasta la actualidad se han sucedido varios movimientos que pretendieron revitalizar el Islam mediante la recuperación de la genuina *sunna* o tradición de los primeros tiempos. El salafismo reafirma la interpretación literal del Corán y

reclama el seguimiento escrupuloso de las enseñanzas (*hadices*) del profeta y de sus discípulos y la práctica de los *califas ortodoxos*. Este fundamentalismo de la **Salafiyya** justifica teológica y políticamente la mayoría de los atentados yihadistas y explica la transformación del *Grupo Salafista de la predicación* en Grupo Salafista de la Predicación **y el Combate**, coincidente en objetivos con Al Qaeda del Magreb Islámico con el que muchos de sus miembros comparten militancia. El grupo salafista que más recursos moviliza es el **Wahabismo**, arraigado en Arabia Saudí desde la predicación salafista de **Abdul Wahab** en el siglo XVIII, y que está tan ligado a la monarquía saudí que se puede hablar de *alianza entre el trono y el mimbar*, expresión que recuerda otras similares, ya afortunadamente en desuso, de la historia del catolicismo: «la cruz y la espada», «alianza entre el trono y el altar». El Wahabismo promueve una implantación de la **Sharia** en su versión más intransigente. Paradójicamente, la monarquía saudí ha venido siendo una tradicional aliada de Occidente durante la Guerra Fría y después. Pero esta alianza de conveniencia está cargada de contradicciones: el wahabismo saudí está detrás de muchos atentados yihadistas contra Occidente y, al mismo tiempo, la otra alma saudí condena los atentados y participa activamente al lado de Occidente en la coalición contra el El-califato.

c) **El yihad corporativo y el yihad individual**

Desde el atentado de la Torres Gemelas hasta la muerte de **Ben Laden** (2011), casi todos los actos yihadistas se atribuían y eran reivindicados por Al Qaeda global o por alguna de sus franquicias. Tras la muerte de Ben Laden, abatido por un comando estadounidense en su secretísimo refugio paquistaní, se empezó a cuestionar entre los estrategas yihadistas la estructura jerárquica y la clandestinidad de la organización. El resultado fue una huida hacia adelante en dos direcciones: por una parte, el yihadismo, inseguro en su clandestinidad por saberse penetrado por los servicios secretos occidentales, evolucionó hacia la presencia pública en las estructuras del **Estado Islámico**, heredero universal de los fines y métodos de Al Qaeda; por otra parte, se empezó a trabajar sobre la idea de que «la estructura más segura es la que no existe» y el sirio nacionalizado español **Mustafá Setmarian**

planteó la creación de la figura del **yihadista individual autónomo**, bendecida por la mayor parte de las organizaciones yihadistas ya consagradas. En occidente se les conoce con el nombre de **lobos solitarios**. Las organizaciones yihadistas no han desaparecido, sino que han visto ampliado su radio de acción (el El ya tiene una base en Libia, a poco más de 300 Km de Italia, y confiesa sus propósitos de expandirse «hasta el usurpado Al Andalus»). Todo este discurso junto con la certeza de que hay miles de «invisibles» yihadistas individuales produce un injusto pero creciente recelo hacia la población musulmana inmigrada.

d) ***El Yihad en la opinión pública***

La mayor parte de la opinión pública europea considera el peligro yihadista como una de sus mayores preocupaciones. Para muchos europeos el futuro que profetizó **Gadhafi** en 2005 («dentro de sesenta años Europa será musulmana») puede llegar mucho antes. El libro de Michel Huellebecq, *Soumission* (enero de 2015), gran éxito de ventas en Francia, plantea en forma de autobiografía novelada la hipótesis de que en la próxima década un partido islamista gane las elecciones y gobierne en Francia, en Bélgica y, en coalición, en el Reino Unido. Aparte de las ficciones literarias, es evidente la preocupación de la opinión pública occidental por su futuro. Los dos argumentos más repetidos por los encuestados para justificar su pesimismo son: la fecundidad de las mujeres musulmanas inmigradas es 2,7 veces superior a la de las autóctonas y la convicción y defensa pública de sus creencias es entre los musulmanes infinitamente superior a la nuestra, adormilados como estamos y anestesiados por nuestro pensamiento débil y por la invisibilización voluntaria de nuestras convicciones religiosas.

e) ***El Yihad y la libertad de expresión***

La libertad de expresión es el cuarto poder de la democracia, tan importante para el mantenimiento de ésta como la división de poderes. La particular fijación que los yihadistas tienen contra las personas y medios de comunicación que les son adversos, merece ser analizada en profundidad, pero en modo alguno puede

polarizar todo el debate. La hipersensibilidad que los yihadistas tienen contra la libertad de expresión es indicio de que ésta sería una de las primeras que, en caso de triunfar, arrastraría su vendaval.

II. Juicio ético y político del yihadismo: la Regla del mal menor

La inexorable brevedad del género editorial nos obliga a condensar en seis sentencias el juicio político-moral que el yihadismo nos merece, sin hacer del todo explícitas las argumentaciones morales y los análisis políticos en que se fundan. Estas son las proposiciones que resumen lo esencial (otros aspectos serán completados por los lectores) de nuestra valoración ética y política del yihadismo tal como se plantea y opera en estos momentos:

1. Ninguna fe o creencia tiene poder para legitimar los atentados contra la vida, la integridad, la dignidad y la libertad de las personas. Más aún, la condena por las autoridades musulmanas de los atentados realizados en nombre del Islam debería ser inmediata y absoluta. En este sentido, debemos constatar que las condenas, aunque cada vez más explícitas, no son ni tan rotundas ni tan inmediatas como tenemos derecho a demandar de todas las personalidades e instituciones islámicas relevantes.

2. Es injusto y falso atribuir al Islam o a cualquier otra religión los actos terroristas practicados en su nombre. Monseñor Vingt Trois, arzobispo de París, en su espléndida carta pastoral del 15 de enero, en medio de la tormenta anti yihadista post-*Charlie Hebdo*, previene —y nosotros con él— contra la tentación de hacer responsable a la santa religión musulmana de los horribles actos perpetrados por algunos de sus miembros. En consecuencia, ninguno de los inductores o ejecutores de la «venganza de Mahoma» puede eludir su responsabilidad personal ante los tribunales de Justicia ahora y ante el tribunal de Dios después.

3. Solidarizarse con las víctimas no significa estar de acuerdo con ellas. Uno de los twitters más inteligentes recibidos en plena campaña «yo soy charlie» procedía de Luxemburgo y empezaba así: «yo no tengo necesidad de ser Charlie para expresar mi

solidaridad, mi compasión —padecimiento con— con las víctimas. Yo no soy Charlie cuando, en vez de hacer reír hace sufrir». Desaprobamos la línea del semanario francés, sobre todo en el irrespetuoso trato que da a las religiones e, indirectamente, a quienes las practicamos. No entenderemos ni aprobaremos nunca sus frecuentes mofas de las creencias de millones de musulmanes y de católicos. El ejemplo más ofensivo para nosotros fue una terrible portada de *Charlie Hebdo* en la que aparecían las tres personas de la Santísima Trinidad sodomizándose entre ellas. Esta envenenada portada nos provocó dolorosas náuseas, pero evacuamos nuestros vómitos en la taza del inodoro, sin tomarnos —y no lo haremos nunca— la justicia por nuestra mano y sin recurrir a los tribunales donde sabemos que una demanda contra la «sacrosanta libertad de expresión» no tiene recorrido. «Matar en nombre de Dios es una blasfemia», nos ha recordado el papa Francisco. Dibujar irrespetuosamente a Mahoma o simplemente dibujarlo es una blasfemia para el Islam. Debemos decir a cuantos aprueban o callan ante los asesinatos yihadistas que no se puede vencer un mal con otro mayor ni una blasfemia de papel con otra de dimensiones aterradoras. El cardenal Vingt Trois lo deja meridianamente claro en su pastoral: «Una caricatura aunque sea gravemente injusta, no se puede poner al mismo nivel que un asesinato».

4 Es éticamente justo y políticamente conveniente formar coaliciones militares y económicas para frenar el yihadismo. Está fuera de duda la licitud de tales coaliciones *con fines disuasivos*. Los ataques preventivos son, en principio condenables; sólo se justifican cuando exista la certeza de que se va a evitar un daño superior al que causará la intervención armada. Los ataques-respuesta, aunque en concreto merezcan distinta calificación moral según se trate de acciones de comandos, bombardeos discriminados o indiscriminados o invasiones y confrontación directa, deben ser en general condenados, por el riesgo de terminar en una verdadera guerra, de consecuencias cuya maldad puede superar toda medida. Los analistas suelen condensar sus opiniones al respecto en esta máxima; «Es peor la guerra». Nosotros, para alejar el horizonte bélico proclamamos que *no estamos en guerra con el Islam sino con los yihadistas* y que, por

tanto, no deberíamos llegar nunca a pasar del estadio puramente disuasivo. En todo caso, toda intervención armada debe ser decretada y controlada en todas sus fases por las Naciones Unidas. Las intervenciones decretadas al margen de la ONU serán siempre sospechosas de subordinar el objetivo de frenar el terrorismo a sus propios intereses y, a la postre, de engendrar más terrorismo del que evitan.

III. Pautas de acción: de la multiculturalidad a la interculturalidad

Todas las líneas de acción que proponemos tienen en común la exigencia de un cambio en el modo de relacionarnos con el Islam: de aquel difuso interculturalismo, que en los años noventa del siglo pasado parecía la panacea universal para gestionar la convivencia pacífica, hemos pasado a un cuestionamiento radical del modelo. Los datos estadísticos son demoledores: las pautas de conducta musulmanas avanzan y las tradicionales cristiano occidentales retroceden. Cada año, en cada país europeo hay varios cientos de jóvenes que abrazan el Islam mientras las conversiones del Islam al cristianismo son prácticamente inexistentes. En los últimos años, varios miles de esos conversos han terminado alistándose en diversas franquicias yihadistas hasta tal punto que en la actualidad el mayor contingente de yihadistas reclutados, que a su vez se convierten en reclutadores, del El-Califato proceden de los suburbios de las grandes ciudades europeas.

Urge cambiar el modelo. De una multiculturalidad que diluye las identidades más débilmente vividas —en este caso, la cristiana— hay que pasar a una Interculturalidad activa en la que cada etnia, cultural o religiosa, no oculta en público sus creencias, los valores que inspiran su vida y el respeto que exige para ellas al mismo tiempo que, en reciprocidad, ofrece al otro lealtad y respeto. Holanda, desde el principio de este año ya ha iniciado todas las reformas legales y administrativas para cambiar de un modelo a otro, empezando por la educación. Otros países europeos seguirán el ejemplo porque existe una convicción bastante extendida de que, en estos momento, la multiculturalidad

exacerba la xenofobia y da alas a los partidos de ultraderecha y antieuropeos. Por otra parte, cada día crece también la convicción de que la gestión de las diferencias exige más interculturalismo y menos multiculturalismo.

Para avanzar precisamente en el camino de la interculturalidad, precisamos perder el miedo, el pudor o la ñoñez de invisibilizar nuestras señas de cristianos. Por poner un ejemplo, el que, en vez de hablar de vacaciones de Navidad, hablemos de «vacaciones del solsticio de invierno» es un despropósito que diluye el respeto a un signo tradicional de nuestra cultura sin mejorar la convivencia con otras a las que, por supuesto, nunca exigiremos que oculten sus signos diferenciales, siempre que no vulneren derechos inviolables, por ejemplo la integridad física o la igualdad de sexos.

Si queremos avanzar en esta dirección, debemos invocar la regla de oro para la gestión de conflictos: «es necesario cambiar de plano hasta hallar un plano superior de coincidencia». En este caso, por encima de las diversas religiones y códigos éticos que conviven en un mismo espacio político están los **Derechos Humanos** y la legalidad. Cada creyente diverso se encuentra en el espacio común y obligatorio de la **ciudadanía**, la que debe respetar y disfrutar de todos los derechos que le confiere. En el mundo de la ciudadanía y la legalidad nos encontraremos siempre.

A partir de este planteamiento de base podríamos elaborar un largo listado de reglas para la gestión de las diferencias entre culturas, pero no es el momento ni el lugar. Este editorial, como dice su título, es sólo el prefacio (=hago antes de hacer) para un discernimiento activo, que es tarea personal y permanente de todos y de cada uno. ■